

Ni la Llorona Loca se salvaría

Autor responsable: **Yuri Acuña Amaya *** – Libre pensador

(Artículos 13, 18 y 20 de la Constitución Política de Colombia)
Correo electrónico: yurikosta@yahoo.com / Celular: 312-5572865
Bogotá, Colombia – 8 de mayo de 2015



* Administrador Público ESAP – Especialista en Gerencia Social – Exprofesor universitario

El día de mi cumpleaños número 52 di inicio a este escrito que desde hacía años me venía rondando en la cabeza, pero que por indisciplina y pereza lo venía aplazando. Hoy, año y medio después, cuando por fin lo culminé, lo pongo a consideración como una pequeña contribución al esclarecimiento parcial de lo que sucedió en **Tamalameque – Cesar** desde el momento en que aparecieron y se radicaron los **Paramilitares**, dejando a su paso heridas incurables y consecuencias gravísimas en todos los aspectos del quehacer de los lugareños.

Lo indeseable y destructivo desafortunadamente algún día llega a la vida de las personas, y a partir de ese momento transforma radicalmente y para siempre lo que se tenía como cierto y seguro. La vida en Tamalameque y de sus habitantes, nunca más volvería a ser igual.

Me tomaba una gaseosa en la tienda de mi tío político Emel Valle Robles, a eso de las once de la mañana, cuando escuché que en la parte de afuera algunos hombres hablaban de un tema raro e intrigante para mí. Uno de ellos le decía a los demás, entre euforia y carcajadas burlonas: “*El malparido me suplicaba que no lo matara*”; los otros le festejaban su relato.

Confundido, apresuré el consumo del líquido, pagué y salí del lugar rumbo a mi sitio de trabajo, no sin antes echar un rápido vistazo a los dueños de esas voces y carcajadas. Eran cuatro tipos de contextura robusta y con cara de pocos amigos, quienes sentados a la mesa bebían unas cervezas.

Mientras recorría la corta distancia a la oficina, las palabras pronunciadas por el sujeto me retumbaban en lo más profundo de mi ser, como si se tratara del incansable ‘*bum bum, bum bum*’ producido por el disonante bombo de Anastasio Surmay en época de carnaval o de fiestas patronales. Cuando a la una de la tarde salí de la edificación hacia mi casa a almorzar, noté que los misteriosos hombres ya no estaban. Como presintiendo algo malo, consumí los alimentos con desgano, no obstante que la sazón de ‘**la muda**’ merece todos los elogios. Ni siquiera hice la acostumbrada y reconfortante siesta debajo de los palos de maíztostao, arrullado, generalmente, por el lleva y trae de **Gabrielito y Ricardillo**.

Esas palabras premonitorias serían el comienzo, sin lugar a dudas, del periodo de terror y muerte más nefasto que hemos experimentado los tamalamequeros y poblaciones circunvecinas en toda su historia. A partir de entonces, la realidad del pueblo sería otra. ¡Habían llegado los **PARAMILITARES**! Transcurrían los primeros meses del año 1995.

Ese pueblo sano, apacible y tranquilo que nos legaron nuestros bisabuelos y abuelos, construido a punta de arduas jornadas de atarraya en los caños y en el mismo Río Magdalena, y de machete en las pequeñas, medianas y grandes fincas generadoras de empleo, se vería en cuestión de dos o tres años sometido a otras reglas de juego, a otras condiciones.

Atrás quedarían las acostumbradas reuniones nocturnas de familiares y vecinos que, sentados a la puerta de las casas en bancos, taburetes y mecedoras, rememoraban las faenas de trabajo que habían realizado durante el día para obtener el sustento; comentaban los más recientes acontecimientos suscitados por los gobernantes de turno tanto en la Alcaldía como en el Hospital; hablaban morbosamente los hombres, de lo *buena* que estaba la última profesora llegada al pueblo; discutían también por el magnífico triunfo obtenido por el Junior de Barranquilla frente al encopetado Millonarios de Bogotá; o simplemente se dedicaban a pasar el tiempo jugando dominó, arrancón o siglo, hasta bien entrada la madrugada.

Era entonces común escuchar expresiones como: ¡Pa jodete a ti, ese gol de Millonarios fue en fuera de lugar! ¡Paso, no tengo ni tres ni uno! ¡Se cerró esta vaina! ¡Me quedo! ¡Nueve nueve! ¡Estoy preciso! ¡Gané la menor! ¡Casen, pa que sepan de obligaciones!

Ver a los niños y niñas frente a sus casas a pura ‘pata pelá’ jugando la lleva, requema, bola uñita, trompo, fútbol y saltando lazo, también sería cosa del pasado.

Los adolescentes y jóvenes, frecuentes visitantes de los billares, ya fuera en calidad de mirones desde las rejas de madera y las puertas o como clientes efectivos, tendrían que modificar sus hábitos y pasatiempos. Las nuevas leyes impuestas por los foráneos pronto les harían comprender que la cosa iba en serio.

Hasta **los paisas** –dueños de los establecimientos comerciales más prósperos- tuvieron que dejar de jugar sus partidos de banquitas por las noches. Ya no era seguro permanecer en las calles hasta altas horas.

Las furtivas citas de amor en el camino a Puerto Bocas, en el Callejón del peligro, en el Cerezal, en la Y, en la siempre oscura Calle de El Machín y en la misma Cancha de fútbol San Miguel, bajo el amparo de la tenue luz de la luna tamalamequera; quedarían rotundamente prohibidas para tantos amantes urgidos de intercambiar caricias, jadeos, saliva y cuanto fluido expele nuestro cuerpo cuando lo llevamos a extremos tan placenteros.

Mejor dicho, ni el gato ni el perro estarían a salvo a partir de ahora. En aras de la verdad y la precisión, ni siquiera los burros, las vacas y los marranos lo estarían, porque los impositores

del 'nuevo orden' los mataban a bala si los encontraban por las calles del poblado, ya fuera de día o de noche.

Desde siempre se ha dicho que la lengua tamalamequera es una de las más 'bravas' de la región caribe colombiana. Prueba de ello lo son algunas cuantas paisanas y paisanos, que con el transcurrir del tiempo se han construido una fama muy bien ganada al respecto. Pues bien, hasta esas lenguas bravas padecieron en su momento el rigor de los nuevos gendarmes del 'correcto proceder'. La dueña de una de esas lenguas se convertiría años después en la primera autoridad del municipio, no obstante la madreada y la humillada que le pegó el paraco Jarold.

El primer comandante paramilitar en Tamalameque que yo recuerdo, fue un tipo que se hacía llamar **Yimy**. Alto, robusto, de tez blanca y prepotente, inspiraba pavor siempre. De los muchos cuentos y anécdotas que seguramente quedaron de él, se me grabaron tres. El primero, tiene que ver con la visita sorpresa que un día domingo hizo a mi papá en su **Finca La Heroica**, donde nos encontrábamos departiendo en familia. Mientras hablaba con mi padre a cierta distancia de nosotros, noté que en el asiento delantero de la camioneta en que había llegado, se encontraba una adolescente de no más de quince o dieciséis años de edad, que dibujaba en su aún inocente rostro infantil todo el terror que le infundía la bestia armada: yacía inmóvil, en absoluto silencio y pálida como el papel. Supongo que sería una de las tantas campesinas que secuestró en la región y esclavizó para someterla a los más infames vejámenes sexuales. No quiero ni imaginarme cuál fue el final de esa pobre niña.

El segundo, fue la vez que llegué al municipio de **Pailitas** hacia las ocho de la mañana con mi mujer y mi hija de apenas año y medio de edad, procedentes de **Chimichagua** y, en el restaurante donde estábamos desayunando se sentó en la mesa de al lado acompañado de dos malandros más, todos exhibiendo sus armas. Sudé frío, y no precisamente por culpa del caldo con costilla que estaba ingiriendo.

Y la tercera referencia de él, es un suceso que le ocurrió a una paisana apodada '**La trasmallo**' que, por la forma jocosa como se dieron las cosas quedó grabado para siempre en la oralidad del villorrio, tanto así que hoy todavía se bromea con el tema. Resulta que, en un día cualquiera, dicha señora -con fama de habladora y lengua suelta- estaba esperando transporte a la orilla de la carretera, cuando después de mucho tiempo por fin apareció una camioneta que, al hacerle el pare, se detuvo. Uno de los hombres le dijo que se subiera. Mientras avanzaba el auto, la desparpajada pasajera comenzó a hablar mal de los paracos; todos la escuchaban y se reían. Pasados unos cuantos minutos, uno de ellos le preguntó: *¿Usted sabe quién soy yo?* No, respondió sin titubear la ocasional viajera. **Pues, yo soy Yimy, el jefe de los paramilitares.** Lo que sucedió de ahí en adelante es la parte divertida del cuento, porque el tal Yimy la sometió a un detallado interrogatorio, recibiendo sendas respuestas de su contertulia al percatarse ésta que la había embarrado: 1) *¿Usted cómo se llama?* – **Me llamaba.** 2) *¿De dónde viene?* – **Venía.** 3) *¿Para dónde va?* – **Iba.** Dicen que la señora se bajó presurosa de la camioneta en la curva de Palestina, justo unos metros antes de la carrilera del tren. Contó con suerte y sobrevivió para relatar su anecdótica historia.

A Yimy lo mataron los mismos paramilitares en el trayecto entre Tamalameque y **El Banco – Magdalena**, porque estaba haciendo cosas indebidas por su propia cuenta, como si todo lo que ellos hacen no lo fuera.

El segundo comandante que conocí fue al que llamaban **Jarold**. También fornido, de piel clara, cabello mono de puntas paradas y más guache y sanguinario que el primero. Recuerdo que él y sus matones convirtieron las tranquilas y angostas calles de Tamalameque en autopistas de carreras, al transitar a alta velocidad en los lujosos y potentes automóviles que usaban para sus desplazamientos y fechorías. Las personas tenían que apartarse rápidamente del camino o les echaban el carro por encima. Este individuo era desagradable y despreciable desde todo punto de vista. Se comenta que otro comandante de más rango lo mandó matar, y exigió a los encargados de cumplir la misión que filmaran la ejecución para que se la mostraran como prueba. Se escucha decir también que, durante el proceso de la ejecución les suplicaba a sus verdugos que lo dejaran escapar y que a cambio les regalaría miles de millones de pesos y buena parte de sus propiedades. El desenlace no podía ser otro, la orden había que cumplirla al pie de la letra, de tal forma que quienes siempre fueron sus amigos y cómplices de incontables crímenes, ahora tenían la obligación de matarlo. Le pegaron *'la matada del siglo'*, según la versión que circula en el pueblo.

Con el asesinato de este esperpento, los moradores de Tamalameque y sus alrededores respiramos por un tiempo de tantas atrocidades. Claro está que la dicha no duró mucho, porque como suele suceder en estas organizaciones mafiosas jerarquizadas, apenas desaparece un elemento de la línea de mando, de inmediato lo reemplazan por otro.

Y ese otro fue el que denominaban **Omega**, individuo que tenía todas las características físicas de un hombre nacido y formado para la guerra: musculoso, robusto, con un estado físico envidiable y un potente timbre de voz que infundía miedo con el sólo hablar.

A mi parecer, y sin que esto le restara puntos en su rol de matón natural y vocacional, este comandante, a diferencia de sus antecesores, era algo carismático, pues como estrategia perfectamente preconcebida gustaba de mezclarse con la gente, especialmente con los jóvenes. Era amante de las riñas de gallos, tanto que en la **Vereda Brisas** tenía su propia gallera. Con frecuencia, en la misma cabecera municipal organizaba riñas en las que participaban personas adineradas del poblado. Utilizando como imán el fútbol y el microfútbol supo echarse al bolsillo a muchos jóvenes practicantes de estos deportes que congregan multitudes. Las autoridades municipales de Tamalameque, Pailitas y Pelaya organizaban campeonatos diseñados para que los ganaran siempre los equipos de Omega. En las camisetas de los equipos que él patrocinaba aparecía la letra griega que lo identificaba. Sus secuaces -borrachos y pasados de droga-, se ponían de ruana las canchas en donde jugaban, amenazaban a árbitros y espectadores y cubrían los cielos de esas poblaciones cesarenses con el humo de las cientos de balas que disparaban. Esos partidos, más que una competencia deportiva, se convertían en una fiesta de traquetos, en la que la población siempre vivía amedrantada. Como era de esperarse, sus equipos se coronaron campeones en varios de esos torneos.

Un paisano me contó hace algunos años que, a él y a otros buenos futbolistas, Omega los mandaba a recoger en una camioneta casa por casa o donde estuvieran, para que fueran a jugar partidos a los pueblos vecinos, no importaba si era de día o de noche. Y, ¡ay de que se negaran!

Una reflexión obligada: ¿Con tanto poder militar, económico y político que tuvieron los paramilitares en todo el país durante muchos años y no fueron capaces de llevar al fútbol profesional a dos o tres de estos muchachos que poseían calidad de sobra?

Posible respuesta recurriendo a la mayéutica: ¿Será que ni para eso les daba la cabeza?

En cuanto a mi experiencia personal con Omega, he de decir que dos veces lo tuve frente a frente. La primera fue una noche en época de carnaval, cuando al dirigirme a una caseta a tomarme unas cervezas me lo encontré en sentido contrario. Vestía de uniforme camuflado y lucía la barba cerrada que acostumbraba y, lógicamente, portaba en el cinto su inmanejable pistola, como todo bandido que se respete. Sabiendo de quién se trataba, lo saludé al pasar con la mano en alto y con un seco *'Comandante'*. Sus malos carosos guardaespaldas me miraron despectivamente. Por cierto, no demoré mucho tiempo en la caseta porque el aire tamalamequero de esa noche estaba bastante enrarecido, algo así como cuando unos años después el presidente venezolano **Hugo Rafael Chávez Frías**, le dijera en el recinto de la ONU a su homólogo gringo **George Bush**: *"Aquí huele a azufre; aquí estuvo el diablo"*. Y sí, el diablo se acababa de marchar de la caseta.

Y la segunda ocasión, fue jugando microfútbol en la Cancha de El Machín cuando en el marco de un campeonato organizado por la Alcaldía Municipal volví a jugar por terco y bruto, contrariando la advertencia que en febrero de 1990 me hiciera el médico ortopedista **Edgar Muñoz Vargas**, después de operarme de la rotura del ligamento cruzado anterior de la rodilla izquierda: *"Flaco, si usted no vive del fútbol, no juegue más; porque si sufre una tercera lesión quedará en muletas para siempre"*. Me pudo más la fiebre del fútbol que la razón y con un grupo de amigos conformamos un equipo para dicho campeonato, con tan mala suerte para mí que preciso el segundo partido fue contra los paracos, en donde jugaba Omega. Le disputé tres o cuatro balones en medio de la fogosidad del evento, sin olvidar nunca quién era el tipo. No sé qué me producía más terror, si el riesgo de volverme a romper el ligamento de la rodilla o la clase de oponentes que estaba enfrentando.

Cuentan esas bravas lenguas tamalamequeras que antes mencioné, que Omega acostumbraba celebrar su cumpleaños y parrandear frecuentemente en la **Hacienda San Isidro** con reconocidos y famosos conjuntos de música vallenata. El desfile de artistas de primera línea de este género musical, era cosa cotidiana.

Este 'carismático' comandante tuvo el mismo final que sus colegas anteriores, al ser asesinado por la organización criminal a la que pertenecía por orden impartida desde una cárcel colombiana por **Jorge 40**; al menos esa es la versión que se maneja en el pueblo.

Con la aparición y posicionamiento de los paramilitares en Tamalameque, comenzó la ola de terror más violenta y sangrienta que hayan padecido sus habitantes en los últimos cincuenta

años, ocasionando una grave lesión a la columna vertebral de nuestras costumbres y hábitos como conglomerado social. Una comunidad de personas trabajadoras, humildes, nobles y pacíficas que por décadas y décadas han cultivado la sana tradición de sentarse por las noches a la puerta de las casas a interactuar, empleando la oralidad cargada de mamagallismo como herramienta clave para reafirmar su esencia e identidad cultural, mientras con el muzengue espantan los fastidiosos mosquitos; vio cercenado de un sólo tajo y de un momento a otro ese derecho. La presencia de lujosas y potentes camionetas que se desplazaban a marcha lenta por las calles hacia las 7:30 u 8 de la noche, era la señal inequívoca de que por obligación –más que por prevención- teníamos que encerrarnos en nuestras casas y acostarnos. Las preguntas que nos hacíamos todas las noches eran: ¿A quién estarán buscando?, ¿A quién se van a llevar?, ¿Quién aparecerá torturado y muerto mañana? Conciliar el sueño bajo estas circunstancias, era prácticamente imposible.

Tal vez la camioneta que más marcó recordación en la memoria de los tamalamequeros y tamalamequeras, fue la que llamábamos sarcásticamente '**La última lágrima**', dado que a la persona que allí subían, no se la volvía a ver más con vida. Era como comprar un tiquete para un viaje que no tenía regreso. Se trataba de una Toyota color blanco con carrocería de estacas. Cuando este carro rodaba lentamente por las calles de Tamalameque, hasta su legendaria e ilustre **Llorona Loca** corría a esconderse despavorida en los rincones más remotos y desolados. Algunos especulan que se refugiaba debajo del **Puente de la Moyá**, cubriendo la totalidad de su cuerpo con su larga y desgredada cabellera, de la que colgaban hermosas tamboras fabricadas por **José Taco**. Otros manifiestan que su pavor a los 'monstruos de la muerte' era tan grande, que la desenfrenada carrera la iba a parar en los predios donde tiene sus dominios **el Tigre de las Juanonas**. Los más entendidos en temas de espantos y cosas tenebrosas han dicho categóricamente que La Llorona, la última vez que se paró en la esquina del **Rey de los Bares** al filo de las doce de la noche, juró que mientras exista en la tierra del Cacique Meque un sólo paramilitar, ni por el putas correrá el riesgo de dejarse ver y mucho menos lanzará su aterrador grito lastimero que la delate en la negritud de la noche. Claro está que un politiquero corrupto y de reciente pasado oscuro que no cree en la palabra de La Llorona, aseguró que el viernes santo del último año en que el Siglo XX se convirtió en historia, la vio afligida y sollozando muy suave, encaramada en todo el cogollito del **Palo e' mango de Palmira**. Sin embargo, yo sí confío en que ella cumplirá su promesa juramentada.

El grado de intimidación, zozobra y tortura psicológica llegó a ser tan alto, que algunas personas, en ciertos momentos, adoptaron una actitud que rayaba con la alucinación y la paranoia. Ese fue el caso de mi familiar **Juan José García Rodríguez**, hombre asustadizo por naturaleza, quien una noche cualquiera a eso de las 10 cuando nos disponíamos a acostarnos, creyó ver en la esquina a dos tipos que cargaban en la espalda largos fusiles, siendo que en realidad se trataba de dos muchachos conocidos que, con sus guitarras al hombro, se preparaban para darle una serenata a sus novias. Entró agitado y muy preocupado a la casa, resuelto a trancar la puerta a la mayor brevedad. Después de acercarme un poco a la esquina y verificar la identidad de los personajes, logré tranquilizarlo explicándole que se había confundido. A tal nerviosismo y estrés nos condujeron los paracos,

que ya los veíamos hasta en las más inofensivas y nobles faenas románticas de los enamorados.

El poder de los paramilitares fue tan inmenso que suplantaron y relegaron por completo al sistema judicial local: el Juzgado, la Inspección de Policía y hasta la Personería Municipal, se convirtieron en simples objetos decorativos. La administración de justicia dejó de ser una función monopólica del Estado, para pasar a manos de estos delincuentes. Las personas para dirimir sus más sencillos conflictos de convivencia (pleitos con los vecinos, acusaciones de infidelidad conyugal, maltrato físico del marido contra la mujer, robos de gallinas, cerdos o ganado vacuno o equino), o los más complejos y delicados como deudas de dinero; dejaron de acudir a las instancias institucionales y se dirigían directamente al comandante paramilitar de turno, quien se encargaba de ‘solucionar el problema’ en unos cuantos minutos. La Hacienda San Isidro pasó a ser una especie de oficina de quejas muy efectiva, en donde lo que decidía el paraco se cumplía porque se cumplía. Este individuo era autoridad absoluta que fallaba con el dedo en el gatillo en contra de alguien y le establecía estricto plazo para que cumpliera al pie de la letra su sentencia. La consecuencia del desacato era por lo general la muerte y, en el mejor de los casos –cuando el condenado la sacaba barata-, el destierro en cuestión de horas. De esta indignante y repudiable situación quedaron muchas historias y anécdotas rondando por el pueblo que, ojalá en un día no muy lejano, sus protagonistas y afectados se atrevan a plasmarlas por escrito a manera de testimonio fehaciente de los abusos y despropósitos que cometieron los paramilitares y para que la presente y futuras generaciones las conozcan de la fuente original y no de la versión tergiversada y mentirosa que la oficialidad dará a conocer dentro de algún tiempo, como parte de la historia del país y la replicarán en las escuelas y colegios a través de textos.

Y ni qué decir de la Estación de Policía y su personal uniformado. Es de conocimiento general en Colombia por las múltiples informaciones difundidas por la prensa hablada y escrita, y por las mismas declaraciones de varios paracos dentro del marco del **Proceso de ‘Justicia, Paz y Reparación’**, que las fuerzas armadas en casi todo el territorio nacional encubrieron y apoyaron abiertamente a estos criminales. En el caso que nos atañe – Tamalameque-, hago referencia a un hecho que desde siempre me llamó poderosamente la atención y me sembró muchas dudas: el del señor **Ramiro Jiménez**, quien para 1995 se desempeñaba como agente de policía en ejercicio y un par de años después sufrió una curiosa pero efectiva metamorfosis: se transformó en paraco, o vaya uno a saber si desde siempre lo fue. Llegó a tener cierta jerarquía al interior de la organización delictiva y se comenta que lo mataron en un atentado que le hicieron en el peaje ubicado en Morrison, muy cerca de Aguachica.

Fueron muchas las atrocidades que cometieron los paracos en esta región del país. A continuación resaltaré algunas.

Asaltaban las ‘niñeras’ en plena vía a la costa atlántica, mataban a los conductores y se robaban los automóviles nuevos, utilizando algunos de ellos con placas falsas para sus desplazamientos cotidianos y a otros les quitaban el motor o la caja y se las instalaban a

unos más viejos que tenían en uso, logrando así repotenciarlos. Las carrocerías nuevecitas las enterraban a varios metros de profundidad en varias fincas del sur del Cesar. Hay personas que aseguran que la geografía cesarense quedó convertida en un inmenso cementerio de vehículos. Uno de esos sitios es el que en Tamalameque se conoce como **La Cueva del Chulo**, ubicada en zona rural. Cuando querían conseguir motocicletas buenas y de alto cilindraje, salían a la carretera principal, montaban un retén, asesinaban a los conductores y se las robaban.

La administración municipal y sus funcionarios no escaparon a su accionar delictivo, prueba de ello fue lo que ocurrió con el llamado Banco de Maquinaria, cuyas excavadoras, motoniveladoras y volquetas fueron tomadas directamente por ellos, utilizándolas para abrir nuevas vías de comunicación y de escape en las áreas rurales. Obviamente, el municipio tenía que cubrir los gastos de combustible y de mantenimiento correctivo que requerían dichas máquinas. De esta manera construyeron muchos corredores viales para su uso exclusivo que les facilitaron la movilidad hacia poblaciones vecinas como **Pelaya** y **Aguachica** y más distantes como **Bucaramanga**. Cabe precisar que a los funcionarios públicos y contratistas al servicio del municipio no les quedaba otra alternativa que cumplir con la 'solicitud' que les hacían los paracos pues, de lo contrario, ponían en riesgo su vida. Negarle un favor a un monstruo de estos, era firmar la sentencia de muerte. Realidades como estas son las que ignoran los tecnócratas que gobiernan cómodamente desde sus flamantes oficinas en las grandes urbes como Bogotá, Medellín, Cali y Barranquilla. Igual ignorancia padecen los habitantes de estas grandes ciudades porque jamás han tenido que vivenciar estas realidades, para ellos estas cuestiones no suceden en el país, son puros inventos. Otro ejemplo claro del poder sin límites que tenían estos tipos, lo constituye la vez que Jarold obligó a renunciar al Tesorero de turno porque no accedió a satisfacer sus imposiciones.

La actividad política, los políticos y politiqueros también estuvieron a merced de estos sujetos. Son muchos los comentarios y anécdotas que quedaron esparcidos por el pueblo, especialmente en el reinado de Jarold. Uno de esos relatos hace referencia a la vez que dicho comandante citó y reunió a todos los aspirantes al Concejo en una finca cercana a Pailitas, y después de cantarles la tabla le pegó dos cachetadas a uno de los candidatos que parecía renuente a sus directrices (léase y entiéndase **órdenes**). La humillación fue total y sin derecho a decir ni pio. Sobra manifestar que todo ciudadano o ciudadana que aspirara a ser candidato a cualquier cargo de elección popular, debía pasar primero por el filtro de los paracos para obtener la autorización correspondiente, o si no, se exponía a ser asesinado; y si le iba bien, lo obligaban a retirarse de la contienda política y hasta a abandonar el municipio.

El paramilitarismo permeó todo el sistema político y administrativo colombiano, apoderándose de la institucionalidad en todos sus órdenes, tal como lo hicieron los carteles de la droga en los años 80 y 90. Tamalameque no escapó a esta indeseable y vergonzosa realidad. Los alcaldes que gobernaron durante ese periodo tuvieron que convivir con los paracos y acceder a sus imposiciones, dado que no tenían otra opción, a no ser que

quisieran sacrificar su vida o la de sus seres queridos. Es de enfatizar que uno de esos alcaldes no solamente fue impuesto directamente por ellos, sino que pertenecía a las entrañas mismas del gran monstruo y se identificaba totalmente con su pensar, hablar y actuar. *¡Era paraco hasta en el caminar!* Para desgracia del municipio y sus gentes, siguió mal gobernando en cuerpo ajeno al imponer como sucesor a un buen muchacho que no tenía nada que ver con el paramilitarismo, pero que debido a esta desacertada alianza terminó dañando su hoja de vida para siempre. No en vano reza el adagio popular que *“el que anda entre la miel, algo se le pega”*.

Es de conocimiento general lo que sucedió en la mayoría de los corregimientos y veredas durante las elecciones presidenciales para el periodo 2002 – 2006. El día de las votaciones los paramilitares pasaron casa por casa recogiendo las cédulas de los habitantes para llevarlas al puesto de votación, entregándoselas al funcionario de la Registraduría para que procediera a marcar en el tarjetón la casilla correspondiente al candidato **Álvaro Uribe Vélez**; como acto maquillador del delito marcaban uno que otro tarjetón a favor de **Horacio Serpa Uribe**. Esta práctica dolosa que le garantizó el triunfo en las urnas a su candidato-jefe, con toda seguridad que se cometió también en muchos otros municipios colombianos, especialmente en los más pequeños y alejados de los grandes centros poblacionales, donde no llega la gran prensa. Dichas elecciones quedaron registradas ya en la historia reciente de Colombia, como el momento en que los paramilitares refrendaron su poder por la vía del **voto obligado a punta de fusil**, tomando posesión de la Casa de Nariño en cabeza del individuo más cínico que se haya conocido en las últimas décadas.

Dicho de una manera figurada, durante el régimen de los paramilitares en Tamalameque no se movía una sola hoja sin autorización de ellos ni volaba una mosca sin que lo supieran. Estos engendros del mal fueron la ley absoluta en este municipio y sus alrededores, por no decir que en Colombia entera en los últimos veinte años.

Dentro de la territorialidad de Tamalameque torturaron y asesinaron muchas personas, algunas oriundas y muchas otras de lugares cercanos, a quienes traían amarradas de pies y manos y, generalmente, en horas de la noche les quitaban la vida de la forma más brutal y despiadada. Sitios ubicados a lo largo de la carretera que de Tamalameque conduce a El Banco – Magdalena, eran los preferidos para abandonar los cuerpos de sus víctimas. **El portón rojo** y **La vuelta de la oreja** se convirtieron en lugares muy nombrados por ese entonces. *La Cueva del Chulo* también fue utilizada con frecuencia para cometer sus fechorías y dejar los cuerpos masacrados. Muchas de esas personas tuvieron como cementerio final el propio **Río Magdalena** al ser asesinadas en los caseríos y parajes que circundan sus orillas y arrojadas a sus aguas en horas de la madrugada. Comentan los habitantes que era muy común escucharle decir al comandante Jarold, cuando amenazaba a alguien: **“El Magdalena está pidiendo gente”**.

Uno de los tantos asesinatos que perpetraron en las mismas calles de la cabecera municipal, fue el del muchacho perteneciente a la familia de **los Atanael**, conocido como **‘Rafaelito’**. Esta persona se había vinculado directamente al paramilitarismo local prestándoles servicios

como informante y delator. En mi defectuosa memoria ya no preciso ni el día ni el mes ni el año, pero sí la hora en que lo acribillaron. A eso de las 6 y 30 de la tarde, cuando empezaba a oscurecer, mientras me bañaba a totumadas en la alberca ubicada en el patio de mi casa materna, escuché cuatro o cinco detonaciones de arma de fuego. A poca distancia de allí, en el lugar que coloquialmente llamamos ‘**El puente de Aida**’, acababan de matar a Rafaelito de certeros disparos. Expresan quienes estuvieron en la escena del crimen, que lo venían persiguiendo en una camioneta con carrocería de estacas, y apenas lo alcanzaron lo llamaron por su nombre y desde la carrocería le propinaron los disparos. De alguna manera se puede decir que con Rafaelito se aplicó literalmente aquello de que *“El que a hierro mata, a hierro muere”*, toda vez que él con sus delaciones –fundamentadas o no- hizo que los paracos asesinaran a varias personas del pueblo y de lugares aledaños. Fue el primer tamalamequero perteneciente a los paramilitares que cayó bajo las balas de ellos. Luego corrieron la misma suerte otros más.

Además de dejar una gran cantidad de viudas y huérfanos como producto de su actividad sanguinaria y demencial, quedaron en Tamalameque y en los pueblos circunvecinos muchas jovencitas y, hasta niñas, preñadas de los paramilitares. Esos retoños engendrados por seres extremadamente violentos y carentes de valores humanos, éticos y morales, hoy en día son adolescentes que en su gran mayoría no conocieron a sus padres y que, por lo tanto, también son víctimas de ese proceso nefasto que instauraron los paracos en Colombia. Es de desear y esperar que esa generación de muchachos y muchachas no sigan los mismos pasos de sus padres, sino que dediquen su valiosa existencia al respeto y conservación de su vida y la de los demás humanos que comparten e interactúan con ellos en los distintos escenarios. El país requiere que esa muchachada que va creciendo sea una generación de paz y no de guerra, como erróneamente lo fueron sus progenitores.

A estas alturas vienen a mi memoria las sabias palabras que referentes al fenómeno paramilitar, pronunciara un amigo bogotano en la ciudad de Aguachica – Cesar en 1996: *“Con el paramilitarismo, la clase dominante colombiana ha creado un monstruo de siete cabezas que dentro de unos años se le volverá incontrolable”*. Dicho y hecho, así resultó.

En la actualidad, año 2015, el flagelo paramilitar continúa existiendo en muchas regiones del país, sólo que ahora con un perfil más disimulado y bajo el rótulo de **Bacrim** (Bandas criminales). Extorsionan, atracan, roban, secuestran, amenazan, generan desplazamientos forzados y asesinan a la indefensa población. Los agricultores, los pequeños y medianos ganaderos y los comerciantes son sus víctimas predilectas. A esto se suma el papel activo y predominante que desempeñan en el control de actividades ilícitas como la minería ilegal, el tráfico de armas y la comercialización y distribución de sustancias narcóticas. El corredor vial conformado por el sur de Bolívar, El Banco – Magdalena, Tamalameque y El Burro en el Departamento del Cesar, es de suma importancia para la ejecución de estos actos delictivos. Todo sucede en las propias narices de las autoridades, pero nadie ve nada ni sabe nada. Y mientras tanto, los grandes cabecillas del paramilitarismo (excepto Álvaro Uribe Vélez, quien por razones de estrategia es más útil aquí) permanecen muy bien protegidos en territorio estadounidense conformando el **Ejército Paramilitar de Reserva**, listos a entrar

nuevamente en acción contra la población cuando el Tío Sam y las mafias oligárquicas colombianas así lo decidan.

Los paramilitares como organización armada por fuera de la ley humana y divina, han causado demasiado daño a los colombianos dejando a su paso toda una estela de violencia, sangre, terror y muerte. Como siempre sucede en estos casos, la indefensa población civil es la que más ha padecido las atrocidades de estos monstruos, quienes al haber sido creados por el mismo sistema han actuado a sus anchas bajo la complicidad, protección e impunidad de los últimos gobiernos nacionales y regionales.

¿Cuándo nos liberaremos los tamalamequeros y colombianos de este abominable flagelo?

La realidad histórica colombiana me obliga por igual a pronunciarme – así sea de forma superficial – respecto al papel que han protagonizado en los últimos cincuenta años **las guerrillas de izquierda**, como actores armados que, lamentablemente, también han contribuido a conducir al país al estado caótico en que se encuentra. Estos movimientos que con el paso de los años fueron perdiendo su norte y razón de ser, hasta terminar convertidas en meras organizaciones delincuenciales dedicadas al inaceptable secuestro de seres humanos y al narcotráfico, tienen un alto grado de responsabilidad y culpabilidad en el baño de violencia, sangre y muerte que hemos padecido. *¡Que nadie se llame a engaños!*

Con los actuales esfuerzos que se están adelantando en **La Habana – Cuba**, todo induce a pensar que comienza a avizorarse una pequeña luz de esperanza al final del túnel. Las personas pacifistas estamos convencidas de que el mejor camino para alcanzar la tan necesaria y anhelada paz, es el diálogo, la negociación y los acuerdos, como salida civilizada al conflicto. Por eso no apoyamos ni caemos en la macabra trampa de los guerrilleros que prefieren “combatir la guerra con más guerra”, porque esto lo único que haría sería perpetuar el conflicto por mucho más tiempo, siendo la población civil la que continuaría aportando el sufrimiento, la sangre y los muertos.

Los colombianos y colombianas tenemos el **derecho** irrefutable a **vivir de verdad** – no a sobrevivir únicamente –; por eso exigimos con firmeza y convicción la construcción de la clase de país que hemos venido soñando por décadas, es decir, un país **HUMANO** en toda la extensión del término donde podamos libremente pensar, hablar y actuar sin que nos asesinen los criminales de ultraderecha.

Cierro este escrito con el estribillo de una canción de la autoría de nuestro orgullo musical tamalamequero, el maestro **Otoniel Miranda Ospino**, grabada y difundida hace aproximadamente treinta años, como si se tratara de una visión futurista de lo que ocurriría en Tamalameque unos cuantos años después.

***“La Llorona ya se fue, se fue de Tamalameque,
nadie más la ha vuelto a ver, quién sabe dónde se mete”.***

Definitivamente, ni la misma Llorona Loca se salvaría de la barbarie de los paramilitares.